



Comandante Bernabe Ordaz Ducungé

RELATO DEL COMANDANTE BERNABE ORDAZ DUCUNGE
COMO FUE ORGANIZADO EL HOSPITAL "MARIO MUÑOZ"
EN LA PLATA

Antes de la ofensiva del Ejército de la tiranía que todos conocemos nos encontrábamos en el hospital "Calixto García", lugar que desde el año 1952 era trinchera en el claudeslinaje y las acciones en contra del Dictador. Fuimos citados por segunda vez por elementos de alta responsabilidad en el Movimiento 26 de Julio para dejar nuestras filas que hasta entonces eran en el pueblo y dirigimos a actuar como médicos en la Sierra Maestra.

Mucho antes ya habíamos preparado todo por intermedio del actual Comandante *Vallejo*, que como sabemos era enlace entre el llano y la Sierra y que operaba y vivía en Manzanillo. Teníamos los pasajes y todo preparado para que en la primera oportunidad, por razones de orden militar, se nos autorizara el ascenso. No sucedió así, y en la segunda ocasión, a través del Colegio Médico y como eco de una solicitud hecha por el Comandante en Jefe, se nos ordenó de nuevo dirigimos a la Sierra, esta vez también por responsables del Movimiento 26 de Julio. Así es como fuimos enviados a la Sierra el doctor *Trillo* y el que les habla, dirigiéndonos de La Habana al pueblo de Bayamo.

En definitiva fue *Ricardo Fernández* quien nos trasladó a Territorio Libre.

Un "jeep" nos llevó por una carreterita hacia la desembocadura de un río donde *Ricardo* y los demás acompañantes nos dejaron. Nosotros no sabíamos qué hacer, solamente que teníamos que caminar hacia el monte que se veía cerca, que allí nos encontraríamos a alguien. Cuando llegamos a la orilla de este monte, nos encontramos con una mujer y unos muchachitos, lavando, uno de esos muchachos que contaba unos 18 años nos dijo:

"Ustedes son los doctores *Trillo* y *Ordaz*".

Nos dijo que ya nos encontrábamos en territorio rebelde, aunque teníamos que tener cuidado, y emprendimos la marcha para encontrarnos con *Bermúdez*. Estuvimos caminando dos o tres días para llegar al lugar. El día que llegamos estábamos bastante cansados, comimos y estuvimos una noche allí, para después trasladarnos a la Capitanía, donde también nos estaban esperando. Dicha Capitanía era el campamento del actual comandante *Universo Sánchez*, que estaba en Las Peñas. Cuando llegamos donde se encontraba *Universo*, también estaban *Faustino Pérez* y el Comandante *fiéné Ramos Latour (Daniel)*, y un grupo más de orientales que bajo su mando también se dirigían hacia la Comandancia General.

Al otro día por la madrugada emprendimos la marcha, junto con los guías que nos daba *Universo*, con *Faustino Pérez* y "*Daniel*", hacia la Comandancia General. Así estuvimos caminando un par de días por territorio rebelde y nos encontrábamos a menudo con barbudos.

Yo creo que aquí debemos contar una odisea que merece cantarse, como la comentaba el otro día con *Faustino*. Después que nos despedimos de *Universo*, que quería que nos quedáramos en su campamento, como nosotros queríamos llegar primero a la Comandancia General, salimos con el nuevo guía hacia La Plata, lugar donde ya sabíamos estaba la Comandancia General. Estuvimos caminando 8, 10, 12 días. No sé exactamente. El caso es que se nos acabó todo lo que llevamos de comer y los caminos eran cada vez más intransitables, sin que fuera posible encontrarnos a alguien para que nos dijera en realidad por dónde íbamos. Debo agregar que pasamos por el Turquino dos veces, incluso descansamos un poco allí y no nos dimos cuenta del lugar en que estábamos. Pasamos por una loma llamada Treinta Pisos, el caso fue que nada más nos quedaba una lata de leche que *Faustino* repartía a cucharadas y buscando poquitos de agua en las plantas o bejucos. En un lugar que nos cogió la noche acampamos, pusimos las hamacas y más tarde comprendimos que estábamos próximos a la costa. Ya llegando la noche, por la tranquilidad de ésta, empezamos a oír voces y conversaciones de grupos, cosa que nos preocupó y *Faustino* ordenó que alguien se adelantara para ver qué sucedía. Al poco rato regresó el compañero, alarmado porque a menos de un kilómetro se encontraba una gran cantidad de soldados y más abajo se veían fragatas de guerra. Cuando eso sucedió, figúrense ustedes, *Faustino* habló con *Trillo* y conmigo y nos ordenó de inmediato que recogiéramos, procurando no hacer ruido, porque teníamos que alejarnos de ese lugar. Allí cerca nos encontramos a

un campesino que nos dijo que allí estaban los soldados que iban a subir y que por aquella zona no había rebeldes.

Al otro día supimos que nos esperaba en una loma una tropa que era la de *Guillermo García*.

De allí nos llevaron a un lugar llamado La Mesa, donde se encontraba en aquel momento el campamento del Comandante *Ramiro Valdés* y donde también nos encontramos a *Calixto García*, al Comandante *Sergio del Valle*, etc.; allí estuvimos un día descansando antes de emprender de nuevo el camino hacia La Plata, donde estaba la Comandancia General, hacia donde nos acompañó el Comandante *Ramiro Valdés (Ramirito)*.

Efectivamente, llegamos allí un día por la tarde y nos alojaron en una casita pequeña que después conocíamos con el nombre de "la casita de Níco".²⁰

Allí hablamos de muchas cosas y, en particular, de medicina y de cirugía de la guerra, del alojamiento de nosotros y de la urgencia inmediata en el desempeño de nuestras funciones, como médicos a partir de entonces de la Comandancia General. En la casita aquella empezamos a hacer nuestros primeros preparativos, pero ese mismo día nos dijo *Celia* que ella tenía ideada la construcción de un hospital de importancia a donde quería que fuéramos nosotros, y donde en definitiva se haría el principal hospital, y que hoy conocemos como el hospital "Mario Muñoz", de La Plata. Antes de trasladarnos al hospital que se empezaba a construir en la misma casita, además de los heridos empezamos a asistir a los campesinos de la zona, que jamás habían sido atendidos por un médico, o un enfermero, ni siquiera algún practicante de medicina.

En el combate de Santo Domingo un obús de mortero, cayó en una casa donde se encontraban unos cuantos rebeldes, entre ellos el Capitán *Geonel Rodríguez* y el Teniente *Carlitos Mas*.

En esa "casita de Níco", fue a donde llevamos a los dos heridos y sin tener nada, ningún preparativo, improvisamos una mesa con dos cajones, con una lámpara de gas o luz brillante que nos aguantaban. Intervenimos quirúrgicamente a los dos compañeros. A *Geonel* un pedazo que le entró en el abdomen le seccionó el pedículo renal, produciéndole una enorme hemorragia, que fue la causa directa más tarde de su muerte.

²⁰ El nombre del campesino es "Níco" Diaz.

El otro caso, el Teniente *Carlitos Mas*, se pudo operar pues la herida no era tan grave, ya que interesó la región occipital, haciéndolo una sección de toda la piel de ese lugar y hundiéndole el hueso, pero no causó la muerte del mismo, se pudo resolver esa situación, pero él tenía otra cosa que le produjo el mismo proyectil al explotar, que fue la quemadura que tenía, ya que tenía una quemadura de tercer grado en casi toda la superficie de su cuerpo, que a pesar de toda la preocupación, el interés puesto por nosotros y las curas que le hicimos, falleció a los dos días, entre 24 ó 48 horas. *Carlitos* también presentó una herida en el brazo izquierdo, tampoco de importancia para que fuera causante de su muerte.

Ese fue, en realidad, nuestro estreno en la Sierra. Luego empezamos a trabajar con rapidez en la preparación del hospital de La Plata. Este hospital tenía un puntal alto, cobijado con guano, piso de madera. Las cuatro columnas principales de la casa, a las que estaba fijado el puntal, eran cuatro árboles corpulentos, que no cortamos. El hospital daba la sensación de que estaba suspendido en el aire. Esto era en la ladera de la loma de La Plata.

Después nosotros le aumentamos un tramo, que unimos a esta primera nave mediante un árbol caído que no se desprendió por completo y que estaba preso y que aparentemente estaba sobre el edificio y éste nos sirvió para la unión de lo que íbamos a agregar a la nave principal. Así agregamos un salón de operaciones, un almacén y otro cuartito que servía de farmacia y consultorio, que utilizamos en las curaciones de menos importancia y para consultar a los residentes, campesinos del lugar. Además, unimos la nave principal a la loma con una terraza, donde pusimos unos bancos bastante cómodos, lo mejor que se podía, para el descanso de los enfermos mejorados, de los heridos que queríamos trasladar a esos asientos, y otra terraza más corta, por el lado opuesto de lo que era la farmacia y el consultorio. Por el gran precipicio que había en el borde de ella, le hicimos una reja que lo rodeaba todo y que le servía a los enfermos de comedor al aire libre y también para leer, escribir, jugar dominó, etc., pues el follaje del árbol donde se agarraba el peso de esa terraza daba una gran sombra y fresco. Fuera de este límite, construimos una cocina que unimos al edificio con un caminito. La cocina, amplia, con fogón y lavadero y un poco más distante otra nave pegada ya a la loma, sin paredes, que servía para que gran número de hamacas se colocaran, de enfermos mejorados, empleomanía, etc., ya que la nave principal del hospital, ocupada por 20 camas, se utilizaría nada más que en enfermos y heridos que requirieran estar acostados.

En total, podíamos tener sesenta enfermos hospitalizados.

Según el plan que nos habíamos trazado en relación con lo que aspirábamos que fuera el hospital de La Plata, construimos las letrinas o servicios sanitarios y el baño, así como los refugios para en caso de ataque aéreo evacuar a los heridos hospitalizados.

Ya en posesión de la dirección del hospital, el cual dirigí durante toda la guerra a partir de esa fecha, elaboramos un reglamento del mismo, que conoció la Comandancia y lo aprobó. En él establecíamos: horas de visita, horario de consulta, horas de comidas, horas de levantarse y acostarse, condiciones para ser ingresados, condiciones para darse de alta, disciplinas que acataban tanto los enfermos y heridos ingresados, así como el personal que cooperaba en la administración del hospital. Además, establecidos cuáles enfermos podían o no tener acompañantes.

Después construimos una serie de *closets* para los medicamentos, principalmente algodones y sueros. Podemos decir que ya para los meses de septiembre y octubre, teníamos gran cantidad de medicinas, principalmente antibióticos, antidiarreicos, antiparasitales, anticatarrales, pomadas antialérgicas, soluciones y aplicaciones para problemas dérmicos, sueros antitetánicos, así como sueros para hidratar, etc., en fin, en esa época podíamos asegurar un mínimo bastante bueno, en cuanto a medicamentos se refiere, en nuestro hospitalito.

A todas estas medicinas les hicimos un gran inventario, y se clasificaron, pues el doctor *Trillo*, además de médico era farmacéutico, y estaba práctico en este aspecto. Reglamentamos la manera de usar las medicinas, tanto para los hospitalizados como para la gran cantidad de campesinos que asistían a las consultas que teníamos establecidas. Además, ya teníamos una gran cantidad de material, así como equipos e instrumentos para cirugía de tórax, dos equipos de trileño, para dar anestesia, y equipos para venoclisis. Ya para este tiempo recibimos la grata noticia de que al cesar las operaciones militares por la zona de Puerto Ivfáianga, donde el doctor *Martínez Páez* tenía ubicado su hospitalito, con la gran victoria del Jigüe y otras, el doctor *Martínez Páez*, quien era el pionero de los médicos de la Sierra, aparte el "*Che*", venía para el hospital "Mario Muñoz", de La Plata. El era nuestro jefe y uno de los mejores cirujanos ortopédicos que en la guerra tuvo el pueblo de Cuba.

También en esa época, se unió con nosotros el doctor *Luis Borges*, cirujano estomatólogo, quien llevó equipos y realizaba

funciones amplias y útiles en el aspecto, de la estomatología en la Sierra. *Borges*, que tenía también consultas de campesinos y rebeldes tuvo entre ellos al que les habla, pues me traté la boca haciéndome varios empastes, limpieza, etc., en el tiempo que permaneció allí.

Ya en esta época se incrementó tanto la consulta de campesinos, que organizamos las consultas dando un cierto número de turnos por la mañana y otros por la tarde, de todas las especialidades y, aunque no recordamos tenemos datos de la cantidad, sabemos que había días que teníamos más de 40 ó 50 consultas entre los doctores *Martínez Páez*, *Borges*, *Trillo* y yo entre los campesinos y rebeldes que acudían a consultarse a La Plata.

Entre los primeros que asistimos en ella fue a un campesino haitiano, cafetalero, que trabajaba en la agricultura del café que se nos presentó con un cuadro febril y que resultó ser un tétanos quien llegó a nosotros en medio de un ciclón que azotaba en aquella época.

Para placer nuestro, después de más de 20 días de ingresado le dimos de alta en buenas condiciones.

En la primera etapa en la "casita de Ñico", donde al principio estaba el hospital, el entonces Capitán *Paco Cabrera* una noche se nos presentó con un dolor de fosa ilíaca derecha. Tuvimos que intervenir de urgencia el doctor *Trillo* y yo como anestesista, resultando ser una apendicitis aguda, con una gran cantidad de pus en la cavidad abdominal. Presentó un cuadro de peritonitis que después de intervenido fue atacado ampliamente con antibióticos y quién sabe si por la fortaleza y las condiciones físicas del paciente se restableció de manera total, sin dejar ninguna secuela. Otro cuadro agudo y grave que se nos presentó también en él fue el del Capitán *Evelio Laferté*, gran compañero y amigo, a quien tuvimos que operar. También intervenimos de apendicitis aguda al rebelde *José Enrique Vigo*. Un hermano de *Tomassevich*, que pertenecía a la columna del Capitán *Lara* presentó un cuadro abdominal agudo resultando ser una apendicitis y después de operarlo no presentó ninguna complicación. Otro caso que tuvimos grave fue el Capitán *Orlando Lara*, que mucho antes había sido atendido y operado por el doctor *Martínez Páez* y que al saber que se encontraba en nuestro hospital vino a verlo; en otra ocasión lo hirieron siendo nuevamente atendido por nosotros. Además ingresó con un ataque gripal y con trastornos gastrointestinales, bastante choqueado, con alta fiebre; el Capitán *Fernando Vecino*, quien estuvo 15 días en nuestro hospital, atendido directamente por nosotros, se restableció. En otra

oportunidad fue ingresado, entre otros, el Comandante *fiené de los Santos*, quien estuvo bastante delicado con gran pérdida de peso.

Cooperaron ampliamente con nosotros las rebeldes *Lolita Feria* y *Martha Cartón*, quienes eran auxiliares, así como *Normita Ferrer*, y en la cocina y en el suministro, *Rita García* y *Angelina Antolín* y otras compañeras, que después fueron grandes guerrilleras en el pelotón "Mariana Grajales". En este aspecto podemos decir que en nuestro hospital también se hacían reuniones.

Por el mes de agosto, nosotros nos encontramos con algunos inconvenientes por el Reglamento, y por indicación de *Fidel* y *Celia* se nos citó a una reunión, y el día 15 de agosto salió un documento que pasará a la Historia, pues *Fidel* nos dictó una orden militar donde declaraba al hospital una institución completamente autónoma y además que esa orden militar la podíamos mostrar en todos los establecimientos de suministros de la Sierra y que se nos diera con preferencia cuanto necesitáramos.

En seguida pusimos en vigor esa orden y fue por esa fecha que recibimos de orden del Comandante *Fidel* el ascenso a Capitán del Ejército Rebelde. Después que finalizó la guerra fui ascendido al grado de Comandante, al igual que otros médicos, por el Comandante *Camilo Cienfuegos*.

Otro herido que atendimos fue el Comandante *Eddy Suñol* que quiso parar un tanque "Sherman" con una *bazzoka* que él dirigía y le tiraron un cañonazo del tanque y lo hirieron grave. Ustedes saben que *Suñol* fue herido varias veces y por nosotros fue atendido 2 ó 3 veces y siempre de heridas graves.

Una noche fuimos citados por *Fidel* para marchar como médicos en la Columna No. 1 hacia el llano.

Allí en el hospital quedaron el doctor *Fabio Vázquez Rosales* y el doctor *Ángel Luis Rodríguez*. Allí permaneció unos días más también, el doctor *Martínez Páez*, hasta que fue llamado a Guisa.

Nosotros atendimos a los heridos de la batalla de Guisa, tanto rebeldes como de la tiranía. Al ocupar el poblado se nos acercó un farmacéutico y nos dijo que tenía a un herido nuestro escondido en su farmacia. Para sorpresa nuestra encontramos en un cuarto posterior a un soldado que había manejado el tanque que atacó el cuartel de Guisa, con una pierna destrozada, en un estado bastante malo, con peste y con una gran infección. Este muchacho se llama *José Millán Lorens* y nos contó que cuando abandonaron el tanque, próximo al cuartel, fue herido y la herida no le dejó retí-

rarse quedando tirado en la carretera cerca del tanque. Los vecinos lo recogieron y le refugiaron en la farmacia, donde fue rescatado por nosotros. El se había pasado antes a nuestras filas.

Esto pone de manifiesto la cooperación del pueblo durante la ofensiva nuestra del llano, que nos atendía en todo, arriesgándose por servirnos, cocinándonos, suministrándonos alimentos en pleno combate, informándonos y atendiendo nuestros heridos.

Recordando las operaciones importantes, yo me acuerdo del compañero *Moría*, que una bala le había atravesado el hemitórax izquierdo; ahora es Capitán y creo se llama *Arnaldo Morfa*, un muchacho de Camagüey. La bala le atravesó el pulmón.

Le tuvimos en el hospital de La Plata, haciéndole punciones para extraerle el líquido purulento e infiltrándole antibióticos. Aunque lo tratamos con interés y preocupación, tuvimos que enviarlo a Cienfuegos donde se restableció completamente. *Morfa*, después de restablecido regresó de nuevo a la Sierra a seguir peleando.

De Guisa nos trasladamos a Charco Redondo junto con el doctor *Martínez Páez*, quien después de operar a *Faustino* se quedó en nuestra columna cumpliendo instrucciones de *Fidel*. Fue entonces que acondicionamos en las Minas de Charco Redondo un hospital con todas las de la ley, pues era un hospital que existía en aquellas minas y nosotros lo preparamos para que fuera el primer hospital de aquella zona.

Al frente de este hospital se quedó el doctor *Trillo*; el doctor *Martínez Páez* y yo seguimos con la columna en la invasión, que ésta se continuaba realizando.

Después de Charco Redondo, se tomaron Baire, Jiguaní, Contramaestre, Maffo.

Hay una cosa muy importante que quiero decirles: que en las Minas de Charco Redondo, nosotros obtuvimos una guagua y un "jeep". El "jeep" yo lo tengo, lo conservo y traje fotografías de él.

A la mencionada guagua le quitamos los asientos e hicimos un hospital ambulante donde además de operaciones, curas, etc., nos podíamos trasladar de un sitio a otro.

En la guagua como ya les dije, nosotros hacíamos las primeras curas y después remitíamos a los heridos al hospital de Charco Redondo, el cual tenía un gran cuerpo de enfermeras y enfermeros.

Durante la batalla de Maffo,⁴⁰ el jefe de la plaza sitiada, Comandante *Ríos*, pidió una tregua. *Fidel* nos ordenó que nos trasladáramos al BANFAIC, donde estaba sitiada la guarnición. Aquella era una verdadera fortaleza, con túneles, trincheras, etc., que se nos rindió el 30 de diciembre. Estuvimos un día atendiendo a los heridos del BANFAIC y enterramos dos muertos de la tiranía. Nos daban cartas para sus familiares, recados, que nosotros trasmitimos.

Después estuvimos en la toma de Palma Soriano, y finalmente en este lugar nos sorprendió el Primero de Enero.

(*Granma*, diciembre 8 de 1967, a. 3 n. 301 p. 2).